

¿Es la Doctrina Social una Tercera Posición, Ni Liberal Ni Marxista?

Manuel Tagle

¡Qué tentador es para los hombres de Estado y los dirigentes políticos reivindicar como «su» programa de gobierno la doctrina social de la Iglesia Católica! Por el velo de prestigio que la cubre, les resulta fácil adherir a los documentos liminares de los egregios pontífices. ¡Pero qué difícil es definir la densa sustancia de sus principios, desde una estrecha perspectiva partidaria!

Ha sido una preocupación constante de los creadores de la doctrina social hacer gala de cierta dosis de ambigüedad, al enunciar sus postulados. Esta actitud ecléctica se explica, considerando que el catolicismo es una religión universal, que recluta su grey sin mirar la filiación partidaria ni la posición social de los feligreses.

La Iglesia es uno de los pilares básicos de la civilización occidental, por su exaltación de la dignidad de la persona y del valor de la libertad. Pero si la reivindicación de las libertades civiles la habilita para ejercer seducción sobre todos los sectores afines, el panorama se complica cuando se intenta caracterizar sus proposiciones en ese terreno polémico por antonomasia que es la economía.

TRASCENDENCIA Y ELEVACIÓN

No es dudoso que los pontífices han escrito las encíclicas como moralistas, no como economistas profesionales. Y porque sobra en ellas trascendencia y elevación espiritual no es lícito exigirles definiciones categóricas, expresadas con el rigor científico de los especialistas.

Por otra parte, les hubiera resultado difícil a esta altura, por no decir imposible, elaborar un ordenamiento socioeconómico inédito. A semejanza de una puerta, que expresaba Erhard o se halla abierta o cerrada, la doctrina social no ha podido eludir la opción entre dos alternativas excluyentes: o se considera que el hombre es el fin de la organización social, o se lo juzga susceptible de ser sacrificado a los objetivos «trascendentes» del Estado o la sociedad; o se piensa que la propiedad privada es el soporte de las libertades individuales, o se opina que la propiedad, colectiva o semi colectiva, se aviene mejor con un destino decoroso para las clases modestas; o se exalta la fecundidad creadora de la iniciativa privada, o se prefiere sacrificarla en el altar de un sistema centralizado, en la cúspide del cual hace su reducto una burocracia insensible a la soberanía del mercado.

DOS ALTERNATIVAS

Quienes escogen los primeros términos dan vida, lo quieran o no, a un modelo liberal; la opción por la segunda alternativa obliga a transitar por los carriles autoritarios y estatizantes del socialismo.

Se puede argumentar que las formas «puras» no existen. Convenido, y hasta es honesto reconocer que hay muchos muchísimos modelos en los cuales los elementos tomados del liberalismo aparecen atenuados con ingredientes socializantes y a la inversa. Pero se trata de ordenamientos híbridos sólo en apariencia, porque la combinación se realiza casi siempre sin exceder los aspectos formales secundarios de las dos posiciones. Cuando alguien ha intentado amalgamar las respectivas esencias, el resultado ha sido el fracaso. Para que el agua bacteriológicamente pura pierda esa condición, sólo necesitamos verter en el frasco una pequeña dosis de líquido contaminado. La pureza de la libertad sale perdiendo en cualquier transacción con las filosofías autoritarias.

LA SUPUESTA EQUIDISTANCIA DE LA DOCTRINA SOCIAL

De una exégesis superficial de las encíclicas que integran la doctrina social suele extraerse la siguiente conclusión: puesto que los pontífices han rechazado con la misma firmeza el liberalismo y el socialismo, ¿no encubre tal equidistancia una adhesión implícita a la famosa tercera posición, que los norteamericanos bautizaron con el nombre de política del «middle of the road»? Aparentemente, he aquí una airosa reivindicación por la Iglesia romana de la posición «intermedia», que con tan funestos resultados aplicaron en sus respectivos países Mussolini, Hitler, Perón y otros caudillos arrogantes.

Durante el gobierno demócrata cristiano de Eduardo Frei, muchos sacerdotes «progresistas» respaldaron en Chile una experiencia híbrida, «ni capitalista ni comunista», que arrojó resultados indeseables. Recuérdesse que en las elecciones de 1970 la democracia cristiana fue relegada al último puesto, precedida por el comunismo de Salvador Allende y el liberalismo de Jorge Alessandri. La democracia trasandina, que era considerada la más sólida y mejor organizada del subcontinente, acabó sus días sin pena ni gloria, arrojada a los brazos del comunismo por el fiasco ideológico que fue la famosa «revolución en libertad».

PATERNIDAD DEL TERCER CAMINO

No le hagamos, por consiguiente, a la doctrina social el magro servicio de atribuirle la *paternidad* del tercer camino. Hay que desestimar las exégesis superficiales, ceñidas al pie de la letra, de sus mensajes.

En ellos resplandece, en un lenguaje no exento de notoria ambigüedad, una versión implícita, verdadera, que es preciso desentrañar de una lectura atenta y desprejuiciada.

Es cierto que León XIII, Pío XI y Juan XXIII, autores de los documentos clave, han condenado el liberalismo y el socialismo. Pero en ese juicio de valor hay, más allá de las apariencias, una diferencia fundamental: mientras que el rechazo del liberalismo es determinado «por cierta manifestación histórica» controvertida el «laissez faire» en la esfera de la economía la repulsa del régimen socialista es total. Pilares de la cultura occidental, es conveniente insistir, son esos ingredientes de la noble filosofía de la libertad que la doctrina social hace suyos: la noción de que en la persona humana encarna un valor moral, la propiedad y la iniciativa privada, la función subsidiaria del Estado. Cuando hay pruebas concluyentes de que *el contenido de los dos frascos* es casi idéntico, ¿qué importancia tiene que se reniegue de la *etiqueta* liberal?

Una posición muy diferente adoptan los pontífices frente al socialismo, cuyos fundamentos socioeconómicos son juzgados inconciliables con los que sirven de sustento a la doctrina social. El socialismo es, si bien se mira, una anti doctrina. Por eso configura una aberración, en la que incurren muchos ideólogos y sacerdotes alistados en el llamado «nacionalismo» y en las corrientes «progresistas» del clero, buscar antecedentes en la doctrina social que avalen posiciones «terceristas» teñidas de gatopardismo, que son una rémora para el progreso de los pueblos.

EL ABISMO QUE SEPARA AL LIBERALISMO Y AL MARXISMO

Digámoslo sin rodeos, en homenaje a la verdad: es sorprendente que los documentos eclesiásticos, saturados de buenas intenciones, insistan todavía en seguir midiendo con la misma vara al liberalismo y al marxismo, como si fueran «dos extremismos igualmente indeseables».

Si sólo con miopía o pasión se puede desconocer que el contraste entre la doctrina social y el pensamiento de Marx es irremediable, ¿cómo no ver la injusticia que representa poner en la misma alforja esa filosofía liberticida y los valores que destilan la quinta esencia de la cultura del hemisferio? Expresar que el liberalismo «ha muerto», o debe ser condenado equivale a abjurar del estado de derecho, del régimen de garantías, del concepto de gobierno limitado por la ley, del respeto de las minorías de la autonomía de los poderes. Si este acervo desaparece Dios nos libre será porque una impensable contrarrevolución nos hace retroceder a la noche de la historia.

SOCIEDAD MONT PELERIN

La obsesión contra el «laissez faire» tampoco tiene asidero a esta altura, toda vez que esa manifestación económica primitiva del credo perdió vigencia en 1914. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial reuníase en la Sociedad Mont Pelerin un conjunto de sabios, interesado en rescatar la doctrina liberal del naufragio en que se debatía, no sin actualizar y reelaborar sus premisas. Surgió de las deliberaciones la nueva versión del sistema, que aplicada por Erhard en Alemania, por Einaudi en Italia, Kamitz en Austria y Rueff en Francia produjo los espectaculares «milagros».

En su libro, *Camino de servidumbre*, el premio Nobel Von Hayek ha condensado el nuevo espíritu de la doctrina: «Nada hay en los principios básicos del liberalismo que haga de él un credo estacionario. El principio fundamental, según el cual en la ordenación de nuestros asuntos debemos hacer todo el uso posible de las fuerzas espontáneas de la sociedad, y recurrir lo menos posible a la coerción, permite una infinita variedad de aplicaciones».

A la Iglesia no le preocupa la suerte de las clases modestas de los países donde el capitalismo se realiza con su máxima pureza los Estados Unidos, Suiza o el Canadá- sino la pobreza de las masas populares en las naciones mal gobernadas, afectadas por inflaciones devastadoras, y los artificios y fantasías propios de la mentalidad «desarrollista». La experiencia argentina es aleccionadora al respecto.

El primer paso para orientarse bien es disipar la confusión reinante, poniendo de manifiesto que la relación entre los principios de la doctrina social y los supuestos básicos del liberalismo no es de oposición sino de afinidad.